

Cinco casos para Sherlock Holmes



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Títulos originales: *The Red-Headed League*,
The Adventure of the Cardboard Box
The Adventure of the Bruce-Partington Plans,
The Adventure of the Dancing Men,
y *The Adventure of the Red Circle*

En cubierta: ilustración de © Grant Shepley

© De la traducción de «La Liga de los Pelirrojos»,
Editorial Molino, 1993 (trad. Esteban Rimbau Saurí)
© Del resto de las traducciones, Juan Antonio Molina Foix

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18708-62-6

Depósito legal: M-10.069-2021

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

CINCO CASOS PARA SHERLOCK HOLMES

ARTHUR CONAN DOYLE

Traducción del inglés

Juan Antonio Molina Foix y Esteban Riambau Saurí

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

La Liga de los Pelirrojos	9
La caja de cartón	43
Los planos del submarino Bruce-Partington	75
Los monigotes saltarines	119
El Círculo Rojo	157

La Liga de los Pelirrojos

Las cosas más extrañas e insólitas a menudo están relacionadas, no con los grandes delitos, sino con los más pequeños.

SHERLOCK HOLMES

Al visitar a mi amigo Sherlock Holmes un día de otoño del año pasado, lo encontré enzarzado en animada conversación con un caballero de edad proveya, rechoncho, de faz rubicunda y cabellos de un color rojo intenso. Excusándome por mi intrusión, me disponía a retirarme, pero Holmes me empujó bruscamente hacia dentro y cerró la puerta detrás de mí.

—No podía haber venido en mejor momento, mi querido Watson —me dijo cordialmente.

—Temía que estuviera trabajando.

—Así es. Y mucho, por cierto.

—Entonces puedo esperar en la habitación de al lado.

—Nada de eso. Este caballero, señor Wilson —dijo a su interlocutor, presentándome—, ha sido mi compañe-

ro y ayudante en muchos de mis casos más brillantes, y no me cabe duda de que también en el suyo me será de suma utilidad.

El rechoncho individuo se levantó a medias de su silla y saludó con la cabeza, con una breve mirada inquisitiva de sus ojillos rodeados de carne.

—Pruebe el sofá —dijo Holmes, repantigándose en su butaca y juntando las puntas de los dedos, como tenía por costumbre cuando meditaba—. Ya sé, mi querido Watson, que comparte mi afición a todo lo que es extraño y alejado de lo convencional y de la monótona rutina de la vida cotidiana. Ha demostrado su inclinación al respecto con el entusiasmo que le ha movido a hacer la crónica y, si me permite decirlo, a embellecer tantas de mis pequeñas aventuras.

—Desde luego, sus casos siempre me han interesado mucho —observé.

—Recordará, Watson, que el otro día, poco antes de que ahondáramos en el problema presentado por la señorita Mary Sutherland, yo observaba que, cuando se trata de efectos extraños y combinaciones extraordinarias, debemos recurrir a la propia vida, que siempre es mucho más osada que cualquier esfuerzo de la imaginación.

—Proposición sobre la cual yo me tomé la libertad de expresar mis dudas.

—Así es, doctor, pero no obstante debe aceptar mi punto de vista, pues de lo contrario le expondré un hecho tras otro, hasta que su razón se doblegue y reconozca que yo estoy en lo cierto. Y hoy, el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de visitarme esta mañana y comenzar una narración que promete ser una de las más singulares que yo haya escuchado en bastante

tiempo. Usted me ha oído comentar que las cosas más extrañas y más insólitas a menudo están relacionadas, no con los grandes delitos, sino con los más pequeños. A veces, incluso, se dan allí donde hay motivos para dudar de que se haya cometido algún delito realmente. Por lo que he oído hasta el momento, me es imposible decir si el presente caso es o no un ejemplo delictivo, pero lo que sí es cierto es que el discurrir de los acontecimientos se cuenta entre las cosas más singulares que haya oído. Tal vez, señor Wilson, tenga la gran amabilidad de comenzar de nuevo su relato. Se lo pido, no solo porque mi amigo el doctor Watson no ha oído la primera parte, sino también porque la índole peculiar de la historia me hace desear obtener todos los detalles posibles directamente de sus labios. En general, cuando capto alguna leve indicación sobre el curso de los acontecimientos, puedo orientarme gracias a los millares de otros casos que acuden a mi memoria. Pero en el que ahora nos ocupa me veo obligado a admitir que los hechos son únicos, que yo sepa.

El obeso cliente abombó el pecho en un gesto de disimulado orgullo y extrajo un periódico sucio y arrugado del bolsillo interior de su sobretodo. Mientras examinaba las columnas de anuncios, con la cabeza inclinada hacia adelante y el diario desdoblado sobre sus rodillas, eché un detenido vistazo al hombre y me esforcé en leer, como hacía mi compañero, los indicios que pudieran ofrecer su indumentaria o su apariencia.

Sin embargo, mi inspección no ofreció gran cosa. Nuestro visitante mostraba todas las trazas de pertenecer al tipo más común de comerciante británico: obeso, pomposo y lento. Llevaba unos pantalones muy holgados a cuadros grises, una levita negra no excesivamente limpia,

desabrochada por delante, y un chaleco pardusco con una gruesa cadena de metal dorado, de la que colgaba como adorno una placa cuadrada metálica y perforada. Un sombrero de copa desgastado y un sobretodo ajado de color marrón, con un arrugado cuello de terciopelo, yacían en una silla a su lado. En conjunto, por más que le mirase, nada de notable había en aquel hombre, salvo su flamígera cabellera roja y la expresión de extremo pesar y disgusto.

La rápida ojeada de Sherlock Holmes captó mi curiosidad y, al observar mis inquisitivas miradas, mi amigo meneó la cabeza con una sonrisa.

—Al margen del hecho evidente de que en un tiempo hizo algún trabajo manual, de que inhala rapé, que es francmasón, que ha estado en China y que últimamente ha dedicado un tiempo considerable a escribir, no puedo deducir nada más.

Jabez Wilson se enderezó en su silla, con el índice sobre el periódico, pero con los ojos clavados en mi compañero.

—¡En nombre de lo que más quiera! ¿Cómo ha averiguado todo esto, señor Holmes? ¿Cómo ha sabido que yo hice un trabajo manual, por ejemplo? —inquirió—. Es tan cierto como el Evangelio, puesto que empecé como carpintero de ribera.

—Sus manos, mi querido señor. Su mano derecha es como un número más grande que su mano izquierda, ya que sus músculos están más desarrollados debido al trabajo que han ejercido.

—De acuerdo, pero... ¿y el rapé? ¿Y la francmasonería?

—No quiero insultar su inteligencia contándole cómo lo he descubierto, especialmente cuando lleva un alfiler

de corbata con el arco y el compás, contraviniendo las estrictas reglas de su orden.

—Sí, claro. Lo había olvidado. Pero ¿y en cuanto a escribir?

—¿Qué otra cosa puede indicar este puño tan reluciente de la manga derecha y esta zona rozada de su codo izquierdo, allí donde lo apoya en el escritorio?

—¿Y China?

—El pez cuyo tatuaje luce usted en la muñeca derecha solo puede haber sido hecho en China. He efectuado un pequeño estudio sobre tatuajes, e incluso he contribuido a la literatura sobre el tema. Ese truco de teñir las escamas de los peces de un delicado color rosado es muy peculiar de China. Cuando, además, veo que lleva una moneda china que cuelga de la cadena del reloj, la cuestión resulta todavía más esclarecedora.

Jabez Wilson se echó a reír de buena gana.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó—. Creí al principio que había hecho usted algo ingenioso, pero ahora me doy cuenta, después de todo, de que no hay ningún mérito en ello.

—Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que cometo un error al dar explicaciones. Ya sabe que *Omne ignotum pro magnifico est* [Todo lo ignorado se tiene por magnífico], y tal como están las cosas, mi pobre y pequeña reputación se irá a pique si soy tan ingenuo. ¿No encuentra el anuncio, señor Wilson?

—Sí, ya lo tengo —respondió con su dedo grueso y rojizo plantado en la mitad de una columna—. Aquí está. Esto fue lo que dio inicio a todo. Léalo usted mismo, señor.

Tomé el periódico y leí lo siguiente:

LA LIGA DE LOS PELIRROJOS. De acuerdo con las últimas voluntades de Ezekiah Hopkins, de Lebanos, Pensilvania, Estados Unidos, hay otra vacante que permite a un miembro de la Liga cobrar un salario de cuatro libras semanales por unos servicios puramente nominales. Todo hombre pelirrojo, sano de cuerpo y alma, y que tenga más de veintiún años, es un posible candidato. Preséntese personalmente el lunes a las once a Duncan Ross en las oficinas de la Liga, en Pope's Court, en el número 7 de Fleet Street.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamé tras haber leído dos veces tan extraordinario anuncio.

Holmes soltó una risita y rebulló en su butaca, como era su costumbre cuando se sentía muy animado.

—Se sale un poco de lo corriente, ¿no es cierto? —dijo—. Y ahora, señor Wilson, comience desde el principio y explíquenos todo lo referente a usted, su vida doméstica y el efecto que este anuncio tuvo en su fortuna. Ante todo, tome nota, doctor, del diario y de la fecha.

—Es *The Morning Chronicle* del 27 de abril de 1890. De hace precisamente dos meses.

—Muy bien. Adelante, señor Wilson.

—Pues bien, tal como le he estado contando, señor Holmes —dijo Jabez Wilson, pasándose el pañuelo por la frente—, tengo una pequeña tienda de prestamista en Saxe-Coburg Square, cerca de la City. No es un negocio de envergadura; en los últimos años no ha rendido más que lo justo para permitirme ir tirando. Antes tenía dos dependientes, pero ahora conservo solo uno y me temo que no puedo pagarle. Sin embargo, él acepta trabajar por la mitad del sueldo con el fin de aprender el oficio.

—¿Cómo se llama ese jovencito tan bien dispuesto?
—inquirió Sherlock Holmes.

—Se llama Vincent Spaulding, y no es tan jovencito; es difícil calcular su edad. Reconozco que no puedo desear un ayudante más listo, señor Holmes. Sé que él podría encontrar mejor empleo y ganar el doble, pero si se siente a gusto en mi tienda, ¿por qué iba yo a meterle ideas raras en la cabeza?

—Es evidente. Me parece usted muy afortunado al tener un *employé* que acepta cobrar por debajo del precio del mercado. No es una experiencia corriente entre patronos, en esta época. Pienso si su ayudante no será tan notable como su anuncio.

—Bueno..., tiene también sus defectos —puntualizó el señor Wilson—. Nunca ha habido un hombre tan aficionado a la fotografía. Va de un lado a otro con su cámara, cuando debiera estar mejorando su intelecto, y después se mete en el sótano, como un conejo en su madriguera, para revelar sus fotos. Este es su principal defecto, pero en conjunto es muy trabajador. No tiene vicios.

—¿Sigue con usted, no?

—Sí, señor. Él y una jovencita de catorce años que cocina un poco, cosas sencillas, y hace la limpieza del local. Y esto es todo, puesto que soy viudo y no tuve descendencia. Vivimos apaciblemente, caballeros, y aunque las cosas no den para más, tenemos un techo donde cobijarnos y pagamos nuestras deudas.

»Lo primero que nos desvió de la vida normal fue este anuncio. Spaulding bajó al despacho ese día, hace ocho semanas, con este mismo periódico en la mano, y me dijo:

»—¡Ojalá fuera yo pelirrojo, señor Wilson!

»—¿Por qué?